

Sustratos fonéticos en las hablas románicas de los Pirineos

POR W. D. ELCOCK

¡Tema espinoso, y muy debatido ya, pero que en definitiva sólo ha dado pobres resultados! Si es cierto que los indígenas debieron proporcionar al latín vulgar algún color local, no menos cierto es que, cuando se intenta encontrar en la articulación de las hablas actuales la huella de esa influencia, se siente un chasqueado, pues casi no existen fenómenos de evolución fonética que se puedan situar exclusivamente en una región que haya estado poblada en tiempos por un grupo étnico determinado. Muy al contrario, casi todos los cambios de sonido que se pueden considerar típicos en los idiomas pirenaicos se encuentran en otras hablas románicas, donde la base étnica no es la misma, e incluso en otras lenguas de origen totalmente diferente.

Al decir esto, soy consciente de estar aún lejos de abandonar mi primera opinión, según la cual es peligroso formular hipótesis relativas al sustrato, apoyándose en coincidencias de evolución fonética, en casos en que esa evolución puede ser espontánea; lejos también de aceptar los benévolos reproches de Menéndez Pidal, que escribe a propósito de esto: «Todos los cambios fonéticos pueden llamarse espontáneos y naturales, pues se fundan en la fisiología y psicología de los sonidos, que son muy semejantes para todos los hombres... *pero cada cambio tiene en cada país una causa particular y una historia propia* que es deber de la lingüística indagar, no saliendo del paso con decir que se trata de un fenómeno natural. El cambio MB > m de Valonia y el cambio MB > m de los Pirineos son en fonética especies tan diversas como pueden serlo en botánica dos especies de roble de procedencia distinta, que el naturalista tiene que historiar aparte» (*Orígenes del español*, 3.^a ed., p. 302).

Esta comparación es verdaderamente extraña. Uno admite que existan dos especies de roble, e incluso más; pero, ¿cómo se puede comprender que existan dos especies de evolución de MB a *m*? Ya se trate de valones o pirenaicos, todo lo que se puede concluir es que, en un momento dado, el hablante dejó de levantar el velo del paladar a tiempo de crear, entre dos vocales, una frontera consonántica formada por dos fonemas claramente diferenciados, y que en cada región la asimilación procedente de esta pereza de los órganos se generalizó poco a poco. ¿A santo de qué tratar de hacer intervenir en esto razones históricas? ¿Se trataría de explicar por migraciones de pueblos las evoluciones totalmente parecidas que se han dado en una época reciente, como, por ejemplo, el paso en francés de la *l* mojada a [ʃ], o el *yeísmo*, totalmente análogo, del castellano? Entonces, para dar cuenta, en cada dialecto, de cada pequeño cambio de sonido, ¿cuántas razones históricas se necesitarían!

La asimilación que se manifiesta en el caso de MB > *m* (y también en ND > *n* y LD > *l*) es, en efecto, característica de los idiomas pirenaicos, y al mismo tiempo de otras hablas, incluidas las del centro de Italia. Así, pues, resulta que un grupo de asimilaciones en que la oclusiva sorda simplemente se ha sonorizado tras nasal o líquida se da igualmente en estos dos países: ¿deberíamos deducir, como pretende Menéndez Pidal, que estos cambios de sonido se daban ya en tiempos de la colonización de la región de los Pirineos por los romanos, y que indican el lugar de procedencia de esos colonos? Si así fuera, sería difícil comprender por qué el primero de esos grupos no arrastró al segundo tras de sí: por qué, por ejemplo, *campo*, habiendo pasado a *cambo*, no se convirtió en *camo*, por qué *fonte* pasado a *fuande* no se convirtió en *fuane*, por qué *alto* pasado a *aldo* no se convirtió en *alo*. Sólo suponiendo que la sonorización de las oclusivas sordas tras nasal o líquida es claramente posterior a la asimilación de las oclusivas sonoras tras esos mismos fonemas, se puede explicar el hecho de que los dos grupos se hayan mantenido aparte en las hablas modernas.

Pasemos revista a otro cambio de sonido que parece «sustrático», a saber, -LL- > -*t*- o -*t̃*-. De acuerdo con la repartición de las formas en *t* y en *t̃* en la vertiente sur, esta evolución parece haber alcanzado Aragón partiendo del norte, en una época más bien reciente, ya que es desconocida en el aragonés de la llanura y apenas aparece en los documentos antiguos. La dentalización de la LL en Cerdeña, en

Sicilia y en el sur de Italia vuelve a indicar alguna correspondencia entre estos países y la región pirenaica. Se sabe que en tiempos de los gramáticos latinos había ya algunos hablantes que pronunciaban la -LL- con un *asperum sonum*. Y, sin embargo, se sigue dudando en considerar este hecho como testimonio de una afiliación estrecha entre los idiomas de los dos dominios.

Apenas se atreve uno a volver a hablar de la evolución de F > h. No obstante, en ella es donde se ha querido ver el indicio más seguro de un fondo ibero. Y eso a pesar de que el área de repartición de este fenómeno en la Romania es tan extensa como la de las demás evoluciones ya citadas, y de que nada parece justificar que lo consideremos como un caso aparte. El latín *filii*, que dio *filho* en Gascuña, se convirtió en *hilu* en Calabria, y también, añadiría yo, en las hablas arrumanas de la Romania balcánica (S. Puşcariu: *Die Rumänische Sprache*, II, p. 283). Al estar bien establecida la existencia de este fenómeno en latín dialectal, me parece que se podría ver en él, plenamente de acuerdo con todas las enseñanzas de la Romanística, una supervivencia de la rusticidad latina.

Si se quiere buscar un ejemplo más demostrativo de la influencia ejercida por el vasco, quizá se encontraría en algunos topónimos en que la F latina se ha convertido en p, porque esta vez se trata de una evolución típica de la región. A este respecto, Menéndez Pidal citó el nombre del río *Porma*, procedente de *forma* (*Orígenes*, 3.^a ed., p. 216): ¿no se le podría añadir el nombre de *Panticosa*, que parece corresponder a *La Fantigosa*?

Así, pues, en lo que se refiere a la fonética, hallamos algunas posibilidades, pero no pruebas. Para encontrar a los antepasados iberos, más bien habría que buscar en el vocabulario y en los giros. En resumidas cuentas, las hablas románicas de los Pirineos han permanecido muy cercanas al latín, sobre todo en Aragón, cuyo fondo lingüístico procede de la región del Ebro, fuertemente romanizada, y que, durante la Edad Media, fue el lugar de refugio por excelencia para las fuerzas intelectuales de la España cristiana*.

* Este artículo fue publicado en las *Actas del VII Congreso Internacional de Lingüística Románica*, Barcelona, 1955, vol. II, pp. 695-697, con el título «Substrats phonétiques dans les parlers romans des Pyrénées»; ha sido traducido por Pilar García Mouton.